

El Espíritu Santo en la misión catequética de la Iglesia

Miguel Ángel Medina Escudero

UNIVERSIDAD SAN DAMASO

MADRID

RESUMEN La renovación catequética que el mundo exige ha de hacerse (y no puede ser de otro modo) en el Espíritu, moldeando la personalidad del cristiano para que, configurado en Cristo, sea Templo y Presencia visible de Su actuación en la historia. Esta es la obra y gracia del Espíritu: él es impulsor, el origen de toda iniciativa o sugerencia pastoral. El Espíritu engendra y cristifica al bautizado, le hace comprender la Palabra de Dios y lo convierte en luz y guía para otros. Todo ello, en el seno maternal de la Iglesia.

PALABRAS CLAVE Alma de la Iglesia, inhabitación, theosis, cristificación y pneumatización.

SUMMARY *The only way to bring about the catechetical renovation the world is waiting for can only be done in the Spirit. A Christian has to be formed to see with the eyes of Jesus and be His Temple and visible Presence in our history. This is the work and grace of the Spirit. He is the Mover, the Origen of every initiative or pastoral insight. The Spirit begets the baptized person in Christ, making him or her grasp the Word of God so as to be turned into a guiding Light for others. And all of this within the motherly womb that is the Church.*

KEYWORDS *Soul of the Church, Inhabitation, Theosis, Christification, Pneumatology.*

El *Catecismo de la Iglesia Católica* señala que la vida cristiana es vida en el Espíritu¹: los cristianos se transforman en testigos de Jesucristo gracias a la actividad profética de la Iglesia bajo la guía e impulso del Espíritu Santo. Decía Pablo VI que este es el tiempo del Espíritu (EN 75) y Juan Pablo II añadía que es tiempo de “comprender mejor la acción del Espíritu y de entregarse a Él... en la vida cotidiana, en un esfuerzo humilde, paciente y perseverante para conocer siempre mejor el misterio de Cristo y dar testimonio de Él” (CT 72).

1 Cf. U. TOMARELLI, *La persona dello Spirito Santo* (Bologna 1990).

Este es el objetivo de la catequesis, realizada en el seno de la Iglesia: para el crecimiento en la fe y maduración de la vida cristiana hacia su plenitud (cf. DGC 105). Pero, en esta actividad eclesial debemos aseverar que tal crecimiento y maduración sólo pueden ser “obra del Espíritu Santo, obra que sólo Él puede suscitar y alimentar en la Iglesia” (CT 72). Es por eso que la Iglesia y todos sus miembros en ella, cuando ejercen su misión, deben tener siempre presente quién es el que verdaderamente impulsa y hace fructífera esa actividad: el Espíritu Santo².

Tratando de esta actividad eclesial, *Catechesi Tradendae* usa la expresión “ministerio de la catequesis” (cf. 13), por su importancia y significado en y para la Iglesia. Es un ministerio esencial, pues afecta a toda la vida de la Iglesia: en ese ministerio está implicada toda la comunidad cristiana³.

Abundando en esta concepción, el *Directorio general para la Catequesis* afirma que la función y el ejercicio del ministerio de la catequesis⁴ se han de centrar en el corazón mismo de la Iglesia, de donde manan tanto la función como el ejercicio de la catequesis. La Iglesia, por la gracia del Espíritu, gesta para la fe, da a luz a los nuevos cristianos y los acompaña en su crecimiento (DGC 79). Por consiguiente, la misión catequética destaca como una parte importante del ministerio de la Iglesia. Se pone así de manifiesto el carácter *materno*⁵ de toda la Iglesia.

2 El proceso, itinerario y orden es el del Espíritu. Así nos lo indica LG 4: “El Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en su templo, y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos. Guía a la Iglesia a toda la verdad, la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos. Con la fuerza del Evangelio rejuvenece a la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo”.

3 Cf. E. YANES, “Los ministros y responsables de la catequización en la Iglesia”, en: *Por una formación religiosa para nuestro tiempo. Actas de las 1^{as} Jornadas nacionales de estudios catequéticos* (Madrid 1967) 146.

4 Cf. A. BRAVO, “El ministerio catequético”: *Teología y catequesis* 3 (1982) 340-345.

5 “La Iglesia, que tiene la responsabilidad de catequizar a los que creen, invoca al Espíritu del Padre y del Hijo, suplicándole que haga fructificar y fortalecer interiormente tantos trabajos que, por todas partes se llevan a cabo a favor del crecimiento de la fe y del seguimiento de Jesucristo Salvador” (DGC 290).

I. EL ESPÍRITU SANTO, “EL ALMA” DE LA VIDA Y ACTIVIDAD DE LA IGLESIA

El Espíritu es el alma de la Iglesia: es una imagen que viene desarrollándose desde los Santos Padres hasta nuestros días⁶. Ser el alma del Cuerpo Místico significa principalmente que inhabita contemporáneamente en la Cabeza y en los Miembros, convirtiéndose en principio de vida, de unción, de acción sobrenatural y de crecimiento para todo el Cuerpo. El Espíritu es el alma que vivifica el Cuerpo como don de comunión y lo presenta al mundo como comunidad. La conjunción de tener a Cristo como Cabeza y al Espíritu como alma provoca el misterio de la Iglesia⁷: Cuerpo Místico de Cristo resucitado⁸, aquí y ahora, y Templo visible en el que habita el Espíritu de Dios para llevar a su cumplimiento la voluntad salvadora de Dios Padre⁹.

La Iglesia recibió de Jesús la misión de revelar a Dios y su amor al mundo. Ante esta tarea, imposible para el ser humano, no queda otra opción que adentrarse en el gran misterio: es el Espíritu Santo quien habla de Dios y, al mismo tiempo, ilumina la mente¹⁰, abre los ojos y el corazón de los hombres para aceptar ese misterio de Amor, pues, sólo Dios puede hablar de Dios: ¡es Dios quien se revela a sí mismo!, y sólo Él puede hacer que Su palabra sea aceptada.

Podemos hablar de la fe de la Iglesia, pero nunca habremos de olvidar que la fe es gracia de Dios, incluso en la respuesta del creyente. Sin embargo, en ese proceso de invitación y respuesta existe una mediación: es en la

6 “Lo que es el alma al cuerpo del hombre, así lo es el Espíritu Santo al cuerpo de Cristo que es la Iglesia. El Espíritu Santo realiza sobre toda la Iglesia lo que hace el alma en todos los miembros de un mismo cuerpo” (cf. S. AGUSTIN, *Sermón* 267, PL 38, 1231). El Papa León XIII, escribía: “siendo Cristo el cuerpo de la Iglesia, el Espíritu Santo es el alma” (cf. LEÓN XIII, “Carta Encíclica *Divinum illud munus* (9 de mayo de 1897)”: ASS 29 (1896-97) 650).

7 “La relación entre el Espíritu y la Iglesia, como la del Espíritu y Cristo, no es de tipo externo o de sola asistencia a la Iglesia, sino una relación esencial tal que constituye a la Iglesia” (cf. COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, *El Espíritu del Señor* [Madrid 1997] 71). La realidad constituyente de la Iglesia es el Espíritu Santo, no hay otra. De modo que, “nada puede ser llevado a cumplimiento en la Iglesia sin una ‘epiclesis’, es decir, sin la invocación al Espíritu Santo en Quien y por Quien Cristo actúa en su Cuerpo” (cf. *Ibid.*, 11).

8 Cf. D. BERTETTO, *Lo Spirito Santo e Santificatore* (Roma 1977) 286.

9 Cf. F. FERRER LUJÁN, “El Espíritu Santo en la misión evangelizadora y catequética de la Iglesia”: *Actualidad catequética* 177 (1998) 53-76.

10 Cf. G. PERRINO, *Cristiani nello Spirito Santo* (Leumann 1976).

Iglesia, guiada e iluminada constantemente por el Espíritu Santo, donde el ser humano se encuentra verdaderamente con Dios¹¹.

Esta presencia del Espíritu es un elemento esencial en la mediación eclesial: la Iglesia sin el Espíritu no podría ser Misterio de salvación ni cumplir esta tarea¹². El Espíritu Santo es el agente principal en el ministerio de la Iglesia, el verdadero protagonista de toda misión eclesial¹³: tiene la misión de enseñar y recordar a los creyentes todo lo que ha dicho y hecho Jesús (Jn 14,26)¹⁴.

El valor propio de este ministerio deriva del vínculo ininterrumpido con Cristo, gracias al Espíritu, que “os iluminará para que podáis entender la verdad completa. El no hablará por su cuenta, sino que dirá únicamente lo que ha oído”. A partir de ese momento, la Iglesia será la presencia activa del Espíritu Santo que Jesús regaló. Este viene a nosotros con un cometido concreto: “el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena” (Jn 16,13).

Es acertada la expresión que usa *Catechesi Tradendae*: “El Espíritu es, pues, prometido a la Iglesia y a cada fiel como un Maestro interior” (CT 72). Este Maestro interior¹⁵ viene a nosotros con un cometido concreto: “os guiará hasta la verdad plena”. Explicitando esa aserción, el documento poco ha citado afirma: “hace comprender lo que se había entendido pero que no se había sido capaz de captar plenamente”. Parece un enigma: “comprender lo que se había entendido”. La obra del Espíritu Santo consistirá en hacernos acoger,

11 “... la misión de la Iglesia se cumple por la actividad con la que, obedeciendo al mandato de Cristo y movida por la gracia y la caridad del Espíritu Santo, se hace presente en acto pleno a todos los hombres o pueblos para conducirlos con el ejemplo de su vida y su predicación, con los sacramentos y los demás medios de gracia, a la fe, la libertad y la paz de Cristo, de modo que se les manifieste el camino firme y sólido para participar plenamente en el misterio de Cristo” (AG 4).

12 Podríamos trasladar las palabras de Pablo VI, referidas a la evangelización, y decir: “La... [catequesis] no será nunca posible sin la acción del Espíritu Santo... Las técnicas... [de la catequesis] son buenas, pero ni siquiera la más perfecta de ellas podría reemplazar la acción discreta del Espíritu. Ni siquiera la preparación del [catequista] más refinada que imaginarse pueda actuar sin Él. Sin Él, la dialéctica más convincente se ve impotente para influir en el espíritu de los hombres. Sin Él los esquemas más elaborados a base de sociologías o psicologías se revelan vacíos y faltos de valor” (EN 75).

13 Cf. RM 21; CCE 852; DV 25.

14 “Las palabras ‘enseñar y recordar’ significan no sólo que el Espíritu, a su manera, seguirá inspirando la predicación del evangelio de salvación, sino que también ayudará a comprender el justo significado del contenido del mensaje de Cristo, asegurando su continuidad e identidad de comprensión en medio de las condiciones y circunstancias mutables. El Espíritu Santo, pues, hará que en la Iglesia perdure siempre la misma verdad que los apóstoles oyeron de su Maestro” (DV 4).

15 Por su parte el Catecismo prefiere llamarlo “Pedagogo de la fe del pueblo de Dios”. Y el *Directorio General para la Catequesis* afirma que la catequesis “bajo la guía del Espíritu Santo desarrolla una sabia síntesis” de la pedagogía divina (DGC 143).

abrazar, hacer nuestro lo que el Señor nos había dicho. Sin la actuación del Espíritu sólo tengo una idea, con su moción la encarno en mí.

La Iglesia, cuando ejerce su misión catequética –como también cada cristiano que la ejerce en la Iglesia y en nombre de la Iglesia– debe ser totalmente consciente de que actúa como instrumento vivo y dócil del Espíritu Santo. Invocar constantemente este Espíritu, estar en comunión con Él, esforzarse en conocer sus auténticas aspiraciones debe ser la actitud de la Iglesia docente y de todo catequista (cf. CT 72).

La catequesis va produciendo el progreso de la vida espiritual, que se realiza dentro de una tensión dinámica, con unas etapas intermedias, proponiéndose como último objetivo no un estado de perfeccionismo terreno, sino más bien el mismo de la Parusía. En esta maduración continua y permanente¹⁶, tiene lugar una comprensión progresiva del misterio de Cristo y una adhesión libre y total a Él¹⁷.

Concluyendo, la misión catequética de la Iglesia, antes que tarea humano-eclesial, es obra del Espíritu Santo¹⁸: Él es el “agente principal” (EN 75) y el “principio inspirador de toda obra catequética y de los que la realizan” (CT 73). Sólo si está animada por el Espíritu, la Iglesia podrá dar a Cristo a los hombres. Por medio del Espíritu “vemos, oímos y hablamos” (decía S. Ireneo). Por tanto, si la Iglesia catequiza es porque antes ha escuchado la “voz” del Espíritu, mediante la cual revela a Cristo al mundo¹⁹.

Por tanto, es necesario que se deje guiar por el Espíritu y permanecer fiel a Cristo. Sólo de este modo, la Iglesia podrá ser signo e instrumento de la presencia de Cristo y de la acción del Espíritu. El Espíritu ha de ser el alma de la Iglesia: Él tiene la misión de unir, orientar y remitir a Cristo. De ahí su

16 Cf. A. TORNOS, “El elemento humano en la vida espiritual”: *Manresa* 38 (1966) 271-284; F. MARINELLI, “Il Paraclito in ordine alla conoscenza della verità”: *Palestra del Clero* 48(1969) 329-342; 434-441.

17 La catequesis dirigida por el Espíritu Santo “desarrolla así una acción que es, al mismo tiempo, de iniciación, de educación y de enseñanza” (DGC 144). Se trata de un itinerario pedagógico, guiado por la conducción sabia y suave del Espíritu Santo (CT 72), que conjuga el conocimiento, el amor y el deseo en un proceso de crecimiento integral.

18 Él es el origen de toda iniciativa, sugerencia y tarea pastoral. Él discierne los signos de los tiempos, elige a los que va a enviar y prioriza las tareas (cf. RM 21), ofrece los medios y poner las palabras y las obras para denunciar el pecado y anunciar la misericordia (cf. DV 32.48).

19 Cf. P. JURIO GOICOECHEA, “Los agentes de la catequesis”, en: www.mercaba.org/Catequetica/Agentes_de_la_Catequesis.

función de “enseñar” y “recordar” todo lo que Jesús ha dicho (cf. Jn 14,26)²⁰. Pero no es un simple “recordatorio” de lo ya dicho y realizado; el “recuerdo” no remite sólo al pasado, sino que ante todo tiene una proyección hacia una constante actualización, intervención viva: Dios recuerda sus acciones salvíficas cuando realiza en el presente nuevas obras de salvación.

II. LA TRIPLE ACCIÓN DEL ESPÍRITU EN EL MINISTERIO CATEQUÉTICO DE LA IGLESIA

Creer en la fe de la Iglesia sólo es posible en el seno maternal de la Iglesia, donde el Espíritu va realizando su paciente actividad engendradora de una vida nueva. La Iglesia, gracias a la acción primordial del Espíritu Santo, es *agente* (no en el sentido de *creadora efectiva* sino como *ventre materno* donde se realiza la pedagogía de la fe, el crecimiento y profundización en el encuentro salvador), y *lugar* o ámbito divino-humano del nacimiento, crecimiento y vivencia de la fe. La Iglesia, gracias a la acción del Espíritu Santo, es agente engendrador y seno donde es engendrado el nuevo discípulo de Cristo.

Se pone así de manifiesto el carácter *materno* de toda la Iglesia que inicia y acoge, gesta para la fe²¹, da a luz a los nuevos cristianos y los acompaña en su crecimiento (cf. DGC 79). Gracias a esa acción engendrante-nutrientes del Espíritu, la relación catequesis-comunidad desarrolla otros acentos: la catequesis, por ser obra del Espíritu, exige de la comunidad un esfuerzo permanente de autenticidad comunitaria, si desea convertirse en verdadero *hogar* de los nuevos cristianos y de los cristianos que están creciendo en su fe. Además, el ministerio pneumatológico-eclesial de la catequesis no puede “capacitar al cristiano para vivir en comunidad” (DGC 86) si ésta no existe o existe muy débilmente. Por consiguiente, la comunidad se transforma también en *meta* de la catequesis, a la que tiende y en la que desemboca el cristiano iniciado

20 A propósito de este texto, Juan Pablo II comentaba: “las palabras ‘enseñará’ y ‘recordará’ significan no sólo que el Espíritu, a su manera, seguirá inspirando la predicación del Evangelio de salvación, sino que también ayudará a comprender el justo significado del contenido del mensaje de Cristo, asegurando su continuidad e identidad de comprensión en medio de las condiciones y circunstancias mudables” (RH 4).

21 “La catequesis ha de ponernos en contacto con todo el misterio de la salvación, tal como la comunidad cristiana lo proclama, lo celebra y lo vive” (cf. YANES, 146).

para, en ella y con ella, seguir creciendo y viviendo su fe, en la *koinonía* de la comunidad (cf. CT 24).

En suma, la responsabilidad de la comunidad en la catequesis es triple: primero, dejarse fecundar por el Espíritu, para luego “atender a la formación de sus miembros... y acogerlos en un ambiente donde puedan vivir, con la mayor plenitud posible, lo que han aprendido”²².

La revelación definitiva del Padre nos ha sido entregada en Jesucristo; en este sentido, la obra de la redención, la evangelización y la fe serán siempre cristocéntricas. Pero se trata de un cristocentrismo trinitario (cf. DGC 99), siendo el Espíritu Santo el que, por un lado, posibilita en la Iglesia la memoria viva de Jesús, fielmente conservada y transmitida y, por otro, “vivifica esta enseñanza, haciendo que no se reduzca a simples y abstractos enunciados de verdades, sino que sea espíritu y vida, revelación de un rostro, el de Cristo, imagen del Padre”²³.

Sin el Espíritu, Dios está lejos; Cristo se encuentra en el pasado; el evangelio es letra muerta; la Iglesia una simple organización; la catequesis una propaganda; el culto una evocación y el actuar cristiano una moral de esclavos. Pero, en Él se alumbra un nuevo Reino; Cristo resucitado está ahí; el evangelio es poder de vida; la Iglesia significa comunión trinitaria; la autoridad un servicio liberador; la catequesis un pentecostés; la liturgia se vuelve memorial y anticipación y la actuación humana es deificada. El Espíritu Santo hace nacer, arrastra hacia la segunda venida. Esta energía del Espíritu Santo introduce un *dinamismo nuevo*:

1. EL ESPÍRITU SANTO “ENGENDRA” AL CRISTIANO EN EL SENO DE LA IGLESIA

El compromiso y pretensión del Espíritu es que la salvación alcance a todos los hombres de todos los tiempos. Por eso es el Espíritu quien “origina y da la vida” divina, porque sólo Él conoce las profundidades de Dios²⁴. Él

22 CT 24 (cf. CC 254-265; CAd 125-132).

23 COMITÉ PARA EL JUBILEO, 81.

24 Cf. M. GELABERT, *Salvación como humanización* (Madrid 1985) 105.

revela y engendra en la criatura humana las profundidades de Dios; Él es la Presencia indicadora de hasta dónde es capaz de llegar el Amor de Dios²⁵.

Por tanto, antes de adentrarnos en futuras reflexiones es necesario tener siempre presente que la misma realidad del bautizado nace de la misión del Verbo y de la continua acción del Espíritu²⁶, manifestaciones del insondable amor del Padre (cf. AG 2). En esta corriente de vida divina y eclesial viene injertada la personalidad y actuación del ungido por Dios, en continua y total dependencia del Espíritu. Según san Pablo son hijos de Dios quienes no sólo están movidos por el Espíritu²⁷ en el hablar rectamente, sino aquellos que tienen al Espíritu como principio interior de vida nueva; tienen el Espíritu que habita dentro de ellos (cf. Rm 8,11).

Tengamos, pues, en cuenta las notas pneumatológicas que configuran la personalidad del engendrado en Cristo.

La primera es que el Espíritu es el principio engendrador y dinámico del ser cristiano y de toda su vida, de su desarrollo, maduración y crecimiento hacia Cristo, la plenitud escatológica del Reino y hacia la plena unión con Dios. El Espíritu inhabitando²⁸ al nuevo hombre origina una “vida nueva en el Espíritu”. Aquel sobre quien Cristo ha soplado su Espíritu es cristiano, porque

25 El Espíritu se convierte en el hombre en principio de todos los dones que otorgan al cristiano la luminosa fisonomía de hijo de Dios. Él es el principio de fe, pues está a la base de la confesión de la divinidad de Cristo. Es el principio de conocimiento sobrenatural, según la promesa de Cristo, “será quien os enseñe todo” (Jn 14,26). Es el principio de amor (cf. Col 1,8; Rm 5,5). Es el principio de santificación, pues lava y santifica: “Dios os ha elegido como primicia para la salvación, a través de la obra santificadora del Espíritu” (2 Tes 2,13). Es también el principio de conducta moral, la conducta de los hijos de Dios, regenerados por la sangre de Cristo y liberados de la ley del pecado gracias a la ley del Espíritu que da vida en Cristo Jesús (Rm 8,2-8). Es el principio del coraje apostólico, principio de esperanza y finalmente principio de oración. Todas estas resultantes son fruto de los dones del Espíritu.

26 Decía el santo Pontífice Juan Pablo II, en una de sus catequesis sobre el Espíritu Santo, sobre “el inicio de la nueva vida” obtenida por Cristo para todos con la redención y a todos extendida gracias a la obra del Espíritu Santo que, en la gracia rehace y casi recrea al hombre a semejanza del Hijo unigénito del Padre (cf. *L’Osservatore Romano*, 27 julio de 1989).

27 El concilio de Orange (a. 529) habla de la iluminación e inspiración del Espíritu Santo “qui dat omnibus suavitatem in consentiendo et credendo veritati” (Ds 377). El Espíritu guía la formación de la personalidad cristiana y apostólica del bautizado desarrollando, entre otras virtudes, el sentido de la espontaneidad y coraje firme en el testimonio, el sentido de la disponibilidad ante Dios.

28 El Espíritu Santo no se contenta con transformarnos íntimamente, haciéndonos hijos de Dios y hermanos de Cristo, a través de la gracia santificante que nos hace partícipes de la naturaleza divina. Además, viene a habitar en nosotros hasta realizar una sola cosa con nosotros, aunque no por ello desaparezca la evidente distinción entre Él y nosotros. El misterio de esta inhabitación del Espíritu Santo es la realidad más exaltante de cuanto sucede en el bautismo, y orienta de una forma nueva toda nuestra vida. Dios, con la infusión de su Gracia en nosotros, se hace presente en el alma así ennoblecida; entra en

con ese soplo le interioriza la realidad de su propio Ser como Palabra, y su relación con el Padre como Hijo. En otras palabras, le da el Espíritu como principio de identidad cristiana hasta la consumación escatológica.

La segunda nota es que el Espíritu actúa desde dentro de la historia salvífica y desde la interioridad de los sujetos humanos. Está presente y actúa íntimamente, en la esfera espiritual y en los ánimos, pero también está presente en el interior de la historia humana, individual o colectiva, en la historia de las personas, de los pueblos y de la humanidad entera. Él es el “aliento” de las personas y de la historia. Espira a través de nosotros, porque anida en nuestros corazones, incluso dentro de nuestra cerrazón pecadora y nuestra finitud obtusa, para abrir las puertas desde dentro.

a. El Espíritu Santo y el catequizando

El comienzo de esta aventura tiene lugar en el bautismo. Allí se da un *nuevo nacimiento*; se produce el perdón, y el bautizado es regenerado. Es el Espíritu quien lo realiza, y el bautizado se convierte en *Templo de Dios*, que el Espíritu habita y santifica. Pero esta condición ha de ser manifestada en la vida, en la praxis cotidiana. No podemos limitar el don y la acción del Espíritu a un solo momento de despliegue de la fe. Él sigue activo en la palabra y en la escucha, desarrollando una función decisiva para el alimento de la fe.

De esta forma, el Espíritu conduce al hombre renacido en el bautismo hacia el hontanar mismo de la divinidad. A lo largo del camino se produce un efecto transformador, un proceso de habituación llevado a cabo por el mismo Espíritu. Bajo la conducción, pedagogía, ayuda y consuelo del Espíritu, el creyente va progresando hacia la plenitud que le ha sido prometida²⁹.

Esta actividad del Espíritu en el corazón del creyente irá creciendo por efecto de la gracia continua del Espíritu en el camino catequético. Hace falta, desde luego, un apóstol que evangelice y enseñe; pero no servirá de nada si un Maestro Interior no facilita la comprensión de la palabra enseñada. Este

relación de amistad personal con el hospedero humano, al que se le otorga como don de alegría e inefabilidad (cf. BERTETTO, 198-211).

29 Cf. N. MARTÍNEZ GAYOL, “Creo en el Espíritu Santo en la Iglesia”, en: G. URIBARRI (ed.), *El corazón de la fe. Breve explicación del credo* (Santander 2013) 106-107.

Maestro es el Espíritu Santo³⁰. Como Maestro, actúa tanto en el engendrado-catequista como en el engendrado-catecúmeno.

Sólo el Espíritu Santo hace que el catequizando otorgue su sí a Jesucristo. Es Él quien va transformando al catequizando: de increyente en creyente; de creyente en discípulo; de discípulo en testigo; de testigo en apóstol. El Espíritu Santo obra en el creyente un cambio de vida: hace crecer su condición de hijo, así como su identificación espiritual con Cristo, en la medida en que deposita una confianza absoluta en Él (creer) para que se adueñe de su vida y la transforme. Esta fe es el punto de partida o medio por el que es otorgado el Espíritu: “Después de haber creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Ef 1,13)³¹.

Desde ese instante, el Espíritu actuará en el creyente como “Maestro interior”. Desde la intimidad de la conciencia y del corazón, “hará comprender lo que se había entendido, pero que no se había sido capaz de captar plenamente” (CT 72), de modo que el conocimiento de la fe se haga verdaderamente “sapiencial”, confesión y testimonio. Este es el sentido profundo de la afirmación paulina “nadie puede decir ‘Jesús es el Señor’, si no es movido por el Espíritu” (1 Co 12,3), ya que “sólo es posible creer por gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo”³².

Desde esta perspectiva es fácil comprender por qué Pablo hace la distinción entre modo auténtico y modo inauténtico de ser cristiano. El Espíritu actuará en el catequizando, iluminándolo y disponiéndolo a acoger el don de la fe como adhesión vital a Jesucristo (conversión y seguimiento); a comprender sapiencialmente su mensaje y a confesarlo con la palabra y la vida. Ésta será la finalidad de la catequesis³³: por ella, el Espíritu realiza una introducción profunda en el misterio pascual, en el misterio de la cruz. El Espíritu crea una sabiduría que propone las bases profundas de una conversión al misterio de la cruz; favorece la colaboración, y la unidad al interior de la comunidad, mediante la humildad de quien se sabe en posesión de un don gratuito que va subordinado a la utilidad común. La acción del Espíritu culmina en una

30 De ahí la antiquísima costumbre de invocar al Espíritu Santo antes de comenzar toda actividad pastoral (cf. L. GONZÁLEZ CARVAJAL, *Evangelizar en un mundo cristiano* [Santander 1993] 131).

31 Cf. Y. M. CONGAR, *El Espíritu Santo* (Barcelona 1983) 307.

32 CCE 154; cf. DV 5.

33 “La catequesis, que es crecimiento y maduración de la vida cristiana hacia la plenitud, es por consiguiente una obra del Espíritu Santo, obra que sólo Él puede suscitar y alimentar en la Iglesia” (CT 72).

caridad que no es proyecto del hombre, sino participación en similitud a la actitud de paciencia, disponibilidad y de ternura amorosa, que son propios de Dios y del Cristo histórico³⁴.

En este proceso, el hombre deviene plenamente persona. La Persona absoluta es Dios, porque sólo Él posee la plenitud de la vida; en cambio, el hombre recibe la verdadera personalización en la adopción y el encuentro con Dios. Por la acción del Espíritu, el hombre está completo y perfecto: es transformado por el Espíritu (*pneumatización*), lo cual tiene como efecto la inserción en Cristo (*crisificación*). Desde el momento en que se hace “hijo en el Hijo”, el hombre se ve llevado a los abismos del Padre (*divinización*). Por consiguiente, la santificación del hombre es una íntima participación en la vida trinitaria³⁵.

Es evidente que toda experiencia cristiana ha de ser necesariamente una experiencia trinitaria. No se puede contemplar a Dios más que como Dios trinitario. El Padre crea por medio del Hijo en el Espíritu. Y lo mismo sucede en la santificación o re-creación: el Padre deifica a los “santificados” a través del Hijo en el Espíritu Santo. La autocomunicación de Dios a/en nosotros se realiza históricamente por obra de Cristo, que nació, murió y resucitó por los hombres. Pero la salvación, en toda su densidad, se aplica en el Espíritu: Él es ahora el principio último de toda operación divina en los sujetos humanos. Puede comprenderse, por tanto, por qué todo acto con que el Verbo se encarna en la historia y en la comunidad de los fieles va precedido y acompañado de la epiclesis, gracias a la cual podemos comprender el verdadero significado de la consagración bautismal: la pneumatización del hombre y su divinización final.

Se puede afirmar que del mismo modo que participando del Hijo se recibe la adopción filial (Ef 1,1-17), así también, participando del Espíritu, el cristiano se hace santo, espiritual y llega a conocer por connaturalidad el miste-

34 Cf. C. M. MARTINI, “Lo Spirito santo nella vita del cristiano secondo S. Paolo”, en: *Credo in Spiritum Sanctum. Atti del Congresso Teologico Internazionale di Pneumatologia II* (Vaticano 1983) 847-854.

35 Así describe Atanasio de Alejandría la implicación y participación de la Trinidad en la santificación del hombre: “... cuando somos iluminados, es Cristo el que nos ilumina en él (en el Espíritu)... O también: al ser el Padre la fuente y al ser llamado el Hijo río, se dice que nosotros bebemos el Espíritu... Pero, abrevados por el Espíritu, bebemos a Cristo... Igualmente, Cristo es el verdadero Hijo y nosotros, al recibir el Espíritu, somos transformados en hijos... Pero, transformados en hijos, está claro que es en Cristo donde somos llamados hijos de Dios... Finalmente, al ser el Hijo la vida, somos vivificados en el Espíritu... Y cuando somos vivificados en el Espíritu, es Cristo mismo el que habita en nosotros” (ATANASIO DE ALEJANDRÍA, *Ep. I ad Serapionem*, 24: PG 26, 588^o, Sch 15, 127).

rio de Dios. De esta manera, las acciones del hombre quedan espiritualizadas, santificadas y son santificadoras. Es el Espíritu santo, invocado y “efundido” de nuevo, el que santifica cualquier acción de los fieles, insertándola en la salvación de Cristo. El fruto que más directamente habla de la personalidad del Espíritu Santo es la “santificación”.

b. Sólo el hombre divinizado “puede conocer³⁶ y hablar” a Dios y de Dios

El Espíritu es el principio último de toda obra divina en nosotros. Esto vale también para lo que llamamos el “conocimiento de Dios”. En el pensamiento teológico del oriente cristiano, el “conocimiento” religioso obedece a un principio de orden ontológico más bien que a uno de orden gnoseológico. Se parte del *ser en Dios* y se llega a la *palabra sobre Dios*. No se puede conocer nada de Dios si no es en comunión con él; y esto porque Dios no se revela al hombre más que dándose a él. Por este motivo, uno de los puntos más firmes de la teología oriental, que también es válido para el pensamiento teológico católico, es que no es posible ninguna forma de conocimiento de Dios fuera de la experiencia de relación con Dios.

Esta perspectiva nos lleva de inmediato a una conclusión (ya tradicional en la teología católica): la “conversión ontológica” y la “contemplación de la gloria” son resultado de un *sinergismo* (colaboración) entre la gracia de Dios, que se manifiesta al hombre para entrar en comunión con él, y la libre respuesta del hombre. Se trata de un encuentro entre dos personas; un encuentro basado en el *amor* transfigurador que da lugar a un nuevo nacimiento, por “el agua y el Espíritu”.

El conocimiento de Dios es inseparable de la santificación, es decir, de un cambio ontológico del que conoce: conocer es *ser*; o mejor aún, *ser-con*, es decir, encontrar a Dios y transformarse a la luz de su presencia. Este conocimiento experiencial de Dios, aunque presupone la colaboración del hombre, sigue siendo una pura gracia de Dios y del Espíritu. En efecto, la gracia de Dios y la acción del Espíritu nos posibilitan “ver lo que ni ojo vio ni oído escuchó”. Por consiguiente, conocer a Dios significa entrar en *la experiencia de Dios*.

36 Cf. Y. SPITERIS, “El Espíritu Santo, agente de la nueva evangelización”, en: CONSEJO DE PRESIDENCIA DEL GRAN JUBILEO, *Tertio Millenio Adveniente. Comentario teológico-pastoral* (Salamanca 1996) 202-205.

La tradición oriental llama “divinización”³⁷ a esta unión con Dios. Se trata de esa realidad inefable que, en lenguaje bíblico, se llama “participación en la naturaleza divina” (cf. 2 Pe 1,4), y en lenguaje teológico “gracia santificante”. Por ella, se realiza una *verdadera* deificación del hombre, no por obtención o consecución, sino por participación otorgada por el Espíritu Santo, que posee como naturaleza esa realidad personal.

En este proceso de divinización es esencial la obra del Espíritu. Dios Padre se nos da por la obra salvífica de Cristo, a través del cual nos hace “hijos en el Hijo”; pero sólo si somos espiritualizados, es decir, transformados en el Espíritu, podemos ser “crificados”, conduciéndonos Cristo entonces al abismo de la vida del Padre. Esta “espiritualización” es la condición indispensable para que el hombre sea santificado. El Espíritu, santidad hipostasiada de Dios, se infunde en el creyente y éste puede entonces estar unido a Dios, haciéndose hijo del Padre y hermano de Cristo, con lo que la Trinidad entera habita en él³⁸.

El tema de la visión de Dios a partir de la divinización se amplifica en una doble consecuencia: el hombre podrá “ver” a Dios porque ha sido transformado por Dios; pero, a su vez esta transformación se convertirá en unión, visión, sensación, conocimiento, iluminación. Es evidente que, cuando en este contexto se habla de “visión” o de “conocimiento”, se intenta superar el simple ámbito intelectualista y referirse a un modo de conocer a Dios totalmente distinto del conocimiento común. Este conocimiento sobreintelectual trasciende todo conocimiento discursivo. Efectivamente, el cristiano, al hacerse espiritual, puede ver ya las cosas de Dios “en el Espíritu” o “en la luz de Dios”. No se puede ver a Dios, más que en Dios. Sólo el hombre que recibe

37 Para indicar el significado de nuestra participación en la naturaleza divina existía la palabra “Deificación”, don pasivo de recibir como gracia la naturaleza de Dios. Sin embargo Gregorio Nacianceno divulgó un nuevo término, “divinización”, con una fuerza ontológica de ser imagen de Dios. El santo Juan Pablo II en una de sus cartas apostólicas, tras citar el Decreto *Unitatis redintegratio* 15, donde se habla de nuestra participación en la naturaleza divina, escribe: “La participación en la vida trinitaria se realiza a través de la liturgia y, de modo especial, la eucaristía, misterio de comunión con el cuerpo glorificado de Cristo, semilla de inmortalidad. En la divinización y sobre todo en los sacramentos la teología oriental atribuye un papel muy particular al Espíritu santo...” (cf. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Oriente lumen* 6).

38 Cirilo de Alejandría explica la inhabitación trinitaria en nosotros: “Estamos unidos con Dios. De qué manera y para qué, nos lo explicó muy claramente el Señor...: ‘Yo en ellos –dice- y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad’. El Hijo está además en nosotros corporalmente, como hombre, mezclado y unido a nosotros mediante la eucaristía mística; a su vez, está unido espiritualmente con Dios, introduciendo en nosotros, con la gracia de su Espíritu, el espíritu de una vida nueva y haciéndonos compartir su naturaleza divina” (cf. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *In Joan.*, XI, 12; PG 74, 564C-565°).

al “dulce Huésped” puede “verlo”. Esta visión es concedida a través de una transformación producida por el Espíritu.

2. EL ESPÍRITU SANTO “VIVIFICA” LA PALABRA Y EL PAN, CON LOS QUE SON ALIMENTADOS LOS NACIDOS A LA NUEVA VIDA (DGC 70)

El servicio catequético es ministerio de la Palabra y, por tanto, queda englobado en el ministerio apostólico y en la ministerialidad apostólica del Pueblo de Dios. La Palabra de Dios se resiste a todo encasillamiento porque ni es producto del hombre, ni le pertenece. El hombre no puede dominar ni controlar la Palabra: ella viene del totalmente Otro y en ella se nos auto-comunica Dios. Ahora bien, nadie puede oír ni proclamar esa Palabra sino en la medida que esté animado por el Espíritu de Dios. Todo ministerio de la Palabra deberá, en consecuencia, desarrollarse bajo la acción del Espíritu.

Como hemos indicado anteriormente, la catequesis no pasaría de ser una didáctica de la fe, si no se realizase en el Espíritu. Pero la catequesis (que no puede ignorar ni infravalorar los elementos didácticos), es más que una enseñanza o una acción educativa: es servicio a una Palabra, que se desarrolla en la historia concreta de unos hombres y de unas comunidades. Y, en consecuencia, es servicio del Espíritu y en el Espíritu que nos conduce hacia la plenitud de la Palabra viva y operante.

Teniendo esto en cuenta, se comprende mejor el binomio recibir-transmitir, que configura el mismo acto de la catequesis: pues, la *traditio* es siempre *redditio*. En efecto, la Palabra dicha hay que volverla a decir. Es Palabra desplegada en la historia. Por tanto, la catequesis no es una mera repetición de un credo de verdades o de acontecimientos, sino que, en el Espíritu, es memoria actualizadora de la Palabra que engendra y orienta a la comunidad en su peregrinación hacia la plenitud.

Tras haber donado su Espíritu, Cristo está presente en la Iglesia. Todas las formas de la presencia de Cristo se realizan en el Espíritu. Paralelamente, la continuidad de Jesús en la misión de los apóstoles y de la Iglesia depende de la plenitud de Pentecostés, misterio que se perpetúa a lo largo de los siglos. Hoy, la palabra eterna de Cristo es actualizada por la fuerza del Espíritu, que habita en ella y la vivifica. El valor propio de la tradición se deriva de este vínculo ininterrumpido con Cristo, gracias al Espíritu, que “os iluminará para

que podáis entender la verdad completa. El no hablará por su cuenta, sino que dirá únicamente lo que ha oído” (Jn 16,13). Esta presencia operante nos conduce por las distintas fases de la actuación catequética.

a. El Espíritu santo inspira la Palabra y su lectura eclesial

La Palabra de Dios no puede ser correctamente transmitida, predicada o leída sin la fuerza del Espíritu Santo; pero, tampoco puede ser interpretada con toda precisión sin la iluminación del Espíritu. Así lo enseña Pablo (2 Tim 3,16). Conviene advertir que la expresión “inspirada por Dios” contiene en su misma raíz griega una referencia al *Pneuma*, es decir, al Espíritu Santo, considerado como el Revelador de Dios por excelencia. El es la “boca de Dios”, que nos permite leer y proclamar correctamente la Palabra de Dios.

Desde este horizonte, podríamos reflexionar sobre el misterio que se produce en la actividad catequética: por la presencia y actuación del Espíritu, los catequistas son “boca de Dios”, una boca que proclama la Palabra y el Verbo de Dios. De igual modo que nuestro discurso interior sale de nuestra boca y se revela a los demás, así también el Verbo de Dios es expresado y revelado por el Espíritu Santo, mediante una boca humana para ser conocido y entendido³⁹.

El Espíritu Santo es el revelador del Verbo, y no sólo del Verbo encarnado, sino también del Verbo escrito en la Biblia⁴⁰. La inspiración en el origen de la Biblia, podríamos alargarla a la inspiración en *su lectura y proclamación*. Orígenes⁴¹ fue rotundo: hay que poseer el Espíritu, tanto para creer en la ins-

39 Según la doctrina de Simeón el Nuevo Teólogo (cf. *Trattati di teologia ética* [París 1966; SCh 122, 3, 104-112]), el Espíritu es la “boca de Dios”, mientras que Cristo es el Verbo y la Palabra. Simeón continúa esta comparación sirviéndose de una semejanza sacada de la estructura del hombre: explica que se trata de una iluminación de nuestro entendimiento por parte del Espíritu Santo, que nos abre a la revelación del Verbo divino: “Por otra parte, lo mismo que, cuando no abrimos la boca, no pueden salir nuestras palabras, tampoco es posible conocer al Hijo y Verbo de Dios si la boca de Dios, el Espíritu santo, no se abre gracias a su iluminación que produce en nosotros (aunque no es el Espíritu el que se abre, sino nuestro entendimiento iluminado por él); sin ese Espíritu, el Verbo no se revela a los sentidos de nuestra vista y de nuestros ojos” (*Ibid.*, 3, 115-122; cf. SPITERIS, 208-209).

40 Cf. H. DE LUBAC, *Storia e Spirito* (Roma 1975). Es un buen tratado sobre el Espíritu Santo y la Biblia.

41 Cf. ORIGENES, *De Principiis*, Intr., 8: *I Principi* (Torino 1976) 124: “Se ha transmitido además que las Escrituras fueron inspiradas por obra del Espíritu de Dios y que contienen no sólo aquel significado que es manifiesto, sino también otro que se les escapa a muchos. En efecto, lo que está escrito es figura de los misterios e imagen de las realidades divinas. En este punto es unánime la convicción de toda la Iglesia: que toda la ley es espiritual (Rm 7,14); pero lo que la ley quiere significar

piración de la Escritura como para lograr percibir, más allá de los hechos de la historia humana en su conjunto, el plan providencial que la sostiene y la guía. La interpretación “espiritual” significa, radical y originariamente, interpretación “en el Espíritu Santo”. Sólo así, las palabras divinas encuentran un eco y una resonancia en nosotros, parecidos a la que se verificaron en los apóstoles, gracias al don común del Espíritu de Verdad, que enseña todas las cosas (cf. Jn 14,26). Es tarea del Espíritu Santo revelar a Cristo, hacerlo presente.

El *Directorio General para la Catequesis* dedicará varios números a este tema de “la transmisión de la Revelación por medio de la Iglesia, obra del Espíritu Santo” (cf. 42-45). La verdad que el Espíritu revela⁴² es ante todo un conocimiento entendido como comunión de personas, pues su pretensión no es un simple comunicado de verdades doctrinales, sino una invitación al diálogo y a la relación interpersonal entre la divinidad y el sujeto humano, iluminado por el Espíritu.

El “conocimiento” de Dios será el resultado de esta relación personal que se establece entre Dios y su criatura. El conocimiento de Dios por parte del hombre es siempre el resultado de un reconocimiento, no sólo de la presencia de Dios en la naturaleza y en la historia, sino de su afecto amoroso hacia su elegido.

b. El Espíritu transforma el Pan

Los Santos Padres hacen uso de otra imagen catequético-sacramental: “comer a Cristo”. Es la función u objetivo de la catequesis, en la que está dinámicamente comprometida la acción del Espíritu para llevar a los nuevos convertidos hacia el alimento perfecto: el alimento de la Palabra y del Pan. En ambas formas, para alimentarse del Pan “bajado del cielo”, es necesaria la *epiclesis*: la oración al Padre para que envíe al Espíritu, como requisito y disposición para comprender la presencia real del Verbo de Dios. La iniciación eucarística de los catequizandos ha de tener esta dimensión: introducción si-

espiritualmente no es conocido por todos, sino solamente por aquellos que en la palabra se les ha dado la sabiduría y la ciencia (1 Co 12,8) mediante la gracia del Espíritu Santo”.

42 “El Espíritu Santo fecunda constantemente la Iglesia en esta vivencia del Evangelio, la hace crecer constantemente en la inteligencia del mismo, y la impulsa y sostiene en la tarea de anunciarlo por todos los confines del mundo”, así se hacen realidad las palabras de Jesucristo en el momento de la promesa del Espíritu: “El os guiará hasta la verdad completa” (Jn 16,13) (cf. DGC 43; DV 8; CCE 75-79).

multánea en el banquete de la Palabra y del Pan, pues ambas realidades van íntimamente unidas gracias a la acción del Espíritu, que reposa en la Palabra (ésta es viva, gracias al Espíritu), y transforma el pan en Pan de vida.

La “revelación de la verdad completa”, realizada por y en el Espíritu, tiene su realización y comprensión en la comunión entre Dios y el hombre. Así pues, no se trata de un conocimiento teórico y “desde lejos” del Ser absoluto, sino de una unión mística con el Dios de Jesucristo actuada por el Espíritu. Este conocimiento-comunión es una íntima impregnación⁴³ del hombre con las energías divinas, mediante la cual la criatura humana es divinizada por gracia y capacitada, también por gracia, para colaborar estrechamente en los proyectos salvíficos de Dios: la gracia del Espíritu consiste en hacer de nosotros una *crístofanía* (manifestación de Cristo); su acción consiste en “cristificarnos” a través de la comunión personal con el Salvador.

3. EL CATEQUISTA, LUZ Y BOCA DEL ESPÍRITU: TRANSFORMADO POR LA GRACIA DEL ESPÍRITU, LO IRRADIA A LOS DEMÁS

Hemos afirmado que el Espíritu es el alma de la Iglesia y que el servicio catequético es un acto estrictamente eclesial. Consecuentemente, será fácil conectar al Agente Principal con el ejercicio catequético. La dificultad surgirá al preguntarnos ¿cómo se garantiza que, en el servicio catequético, el agente humano sea verdaderamente signo y presencia del Espíritu?

El ministerio catequético no puede realizarse sin sus tres dimensiones esenciales: la moción pneumatológica, el discipulado cristológico y la dimensión eclesial. Las tres han de realizarse teológicamente en el catequista: actúa

43 Dentro de esta misma dinámica, la transmisión catequética de las verdades cristianas, empezando por el dogma y su sistematización teológica, no serán ya enunciados abstractos, sino energías vitales, que por una parte anuncian la “gloria” de Dios y por otra contribuyen al encuentro con Él. Estas verdades “dogmáticas” contienen “vida” y deben tener una repercusión inmediata y decisiva en el corazón de nuestra existencia. No son “piezas de doctrina intelectual”, sino un “desvelamiento de la verdad” provocado por el Espíritu, es decir una iluminación de las condiciones esenciales y últimas de mi existencia. Si los dogmas constituyen autoridad para siempre, es precisamente porque tienen relación con unas verdades totalmente existenciales de vida o muerte. La catequesis que no revela el significado existencial de los dogmas, sino que se contenta sólo con imponerlos como proposiciones irrefutables e inamovibles, corre el riesgo de alejar esa “sabiduría espiritual” de la vida del hombre de hoy, desnudando de evangelio la vida práctica y litúrgica de la Iglesia. La catequesis, nacida y movida por el Espíritu, tiene la tarea de mostrar debidamente por qué y cómo están ligados los dogmas a nuestra existencia.

movido por el Espíritu Santo, siguiendo a su Maestro y Salvador y en nombre de la comunidad eclesial. No inventa la Palabra que transmite, pues ésta le viene dada por la revelación del Padre en el Hijo. Actúa como representante del “nosotros” eclesial, en cuanto actualiza la fe de ésta, pero debe explícita fidelidad a Quien le ha llamado a realizar ese ministerio profético.

Ante todo, es necesario afirmar que todos los miembros de la comunidad eclesial poseen la condición profética, gracias a la inhabitación del Espíritu de Dios. La Iglesia puede regular el servicio de la catequesis pero no puede, en modo alguno, confiar este servicio sino a sujetos humanos inhabitados por el Espíritu. De lo contrario, la catequesis dejaría de ser un servicio eclesial a la Palabra. Y, habida cuenta de la intencionalidad misma del servicio catequético, habríamos negado la misma posibilidad de la catequesis.

Desde su pertenencia eclesial y su vocación pneumatológica, el catequista deberá tener claras las disposiciones esenciales de su ministerio.

a. Ver al Padre, al Hijo y al Espíritu precediéndole

Antes de que él aceptara el ministerio de la catequesis, el Espíritu le ha precedido, encarnándose en la vida del catequizando. Por eso, la primera actitud interior ha de ser la misma que Moisés adoptó ante Dios en el Sinaí: descalzarse porque el terreno que pisa es sagrado, reconociendo que la Trinidad se ha hecho presente en el sujeto humano que tiene ante él, operando en ese niño, joven o adulto, aunque no haya recibido las aguas bautismales: debe reconocer la acción trinitaria actuando ya en el catequizando.

b. Ser experto y maestro

El catequista “debe ayudar a la persona a leer (...) lo que está viviendo, para descubrir la invitación del Espíritu de Cristo a la conversión, al compromiso, a la esperanza, y así descubrir cada vez más el proyecto de Dios en su propia vida.” (DGC 152). Para realizar esta función, el catequista debe ser un “experto” de la Palabra:

Esto supone, en primer lugar, la previa “*escucha*” de la misma. No debe olvidar que es una Palabra dada, no inventada, ni deducida. La escucha debe ser inteligente, pero sin confundirla con el razonamiento o con los sistemas contruidos por el hombre. De ahí que el catequista deba ser “oyente”, como

única posibilidad para su condición de testigo, profeta y apóstol. Pero, para ser “oyente”, hay que entrar en contacto con la Palabra viva de Dios. El que proclama y *dice* la Palabra, no puede reducirse a repetir unas verdades o narrar unos acontecimientos, sino que por el Espíritu está llamado a presenciar el hoy de la Palabra, a ser voz de Dios que viene y vivifica el mundo. Por ello, se impone una escucha de la Palabra desde una triple perspectiva:

Por una parte, hay que escuchar la Palabra que Dios ha pronunciado en el seno de los acontecimientos de su pueblo histórico y cuya cima es el mismo Jesucristo. Se nos otorga la Palabra en la historia de Israel, en la historia de la Iglesia y sobre todo, en la muerte y resurrección de Jesús. En Él, la Palabra definitiva, Dios mismo ha salido a nuestro encuentro. Por tanto, la escucha de las Escrituras es siempre prioritaria e indispensable, en cuanto en ella se encuentra la Palabra atestiguada por el mismo Espíritu de Dios, que ha conducido la fe del pueblo.

Por otra, Dios sale a nuestro encuentro en la misma vida de la actual comunidad. Los que se reúnen en el nombre del Señor, son presencia del Señor. Él está en medio de ellos y todos deben intentar escuchar al Cristo que sigue hablando. Es también el hoy de la Palabra, mediado por la comunidad, bajo la guía de sus pastores. Por eso, escuchar a la comunidad y a sus pastores es condición indispensable para devenir expertos de la Palabra.

Finalmente, hacerse oyente de la Palabra le capacita para transformarse en testigo. Salir al encuentro del Otro nos permite conocer y anunciar a Aquel que es siempre más grande e importante que nosotros. El testigo no busca su aceptación, sino la credibilidad para que el Otro sea aceptado. Por eso, el testigo debe saber desaparecer en el testimonio, es decir, en Aquél de quien rinde testimonio.

El auténtico catequista no es “el que da catequesis”, sino el que, después de haberse dejado transformar por el poder del Espíritu⁴⁴, comunica la Palabra de Dios, para que otros sujetos humanos participen de su misma transformación. En este contexto hemos de señalar la exigencia de la plegaria en el catequista. Es evidente que no podemos entender por catequista al que habla sobre Dios, sino el que habla porque tiene la experiencia de Dios. Sólo el Espíritu puede enseñar esta *theo-logia* y sólo en el Espíritu se puede hablar

44 Cf. C. A. FRANCO MARTÍNEZ, “El catequista y su vida en el Espíritu. Espiritualidad del catequista”: *Actualidad catequética* 177 (1998) 77-96.

a los otros de esta experiencia. Por consiguiente, para anunciar la Palabra de Dios es necesario *ser* “theo-logo”.

Sin embargo, sólo podrá ser “theo-logo”, conocer “verdaderamente” a Dios si ha entrado en comunión espiritual con Él. Paralelamente, tras esa experiencia de encuentro místico, esta fuerza deificante no puede quedarse encerrada en sí misma, sino que irradia también sobre los demás. Se trata de una auténtica “difusión horizontal” del Espíritu: el bautizado no sólo participa de Dios, sino que se ve “llevado” a comunicarlo a los demás; su Huésped Interior le otorga una nueva vida que también vivifica a los de su entorno⁴⁵. Los bautizados en el Espíritu se convierten en consagrados por el Espíritu⁴⁶ para difundir las maravillas de la gracia deificante: por esta razón toda la Iglesia, y cada uno de sus miembros, han de sentir la necesidad de hacer pública la gracia que han recibido: todos han aceptado ser instrumentos y testigos del Espíritu Santo tras haber recibido su energía⁴⁷.

En este contexto, podríamos asentar la auténtica vocación y personalidad del catequista: es un ser “espiritual” (*pneumatikós*), porque el Espíritu “Vivificador”, se sirve de él para engendrar nuevos hijos en el Señor. De ahí que, más que hablar, el catequista atestigüe la vida divina que se ha encarnado en él. Más aún, cuando habla, no lo hace para comunicar una noticia, sino para comunicar lo que Dios ha hecho en él: es el instrumento del Espíritu para poder espiritualizar a los demás. Por eso, para poder anunciar auténticamente el mensaje del evangelio es necesario tener antes “experiencia de Dios”⁴⁸. Esta exigencia ministerial conllevaría una conclusión harto significativa: no se puede hablar de Dios si no se ha saboreado antes la dulzura de su Presencia y Vida.

45 Cf. SPITERIS, 205-206.

46 Cf. M. A. MEDINA “Espiritualidad de éxodo. Experiencia basilar para el ministerio evangelizador de misioneros y catequistas”: *Teología y Catequesis* 92 (2004) 103-147; “El evangelizador, bajo la sombra del Espíritu”, en J. C. CARVAJAL (ed.) *Emplazados para una nueva evangelización* (Madrid 2013) 215-253.

47 “He aquí por qué los santos son el instrumento del Espíritu santo, después de haber recibido su energía. Como prueba cierta de lo que afirmo baste recordar los carismas de curación, los milagros, la presciencia y la sabiduría irrefutable..., o bien la transmisión santificadora del Espíritu” (citado por SPITERIS, 206).

48 Cf. *Ibid.*, 207.

c. Aceptar que es posesión del Espíritu

Otra disposición necesaria será la de asumir que, para realizar adecuadamente el ministerio que le ha sido confiado, habrá de ser una persona “poseída” por el Espíritu⁴⁹. El Maestro Interior actúa en el catequista ayudándole a proponer, no su propia palabra, sino la única Palabra de salvación y vida, Jesucristo, haciendo que puedan unificarse en la persona del *instrumento* la enseñanza y el testimonio, de modo que el acto de catequizar no sea una mera exposición de doctrinas, sino un testimonio de fe y servicio a la fe. Por eso, es necesario que el catequista se abra, mediante la oración, a la acción del Espíritu, para de este modo ser un más fiel “instrumento vivo y dócil” (CT 72).

La primera actitud del catequista, será la de “acoger” y desear ser “poseído” por el Espíritu. En este momento, acoger significa buscar, orar, desear el Espíritu, que transforma y purifica su corazón. Esta relación siempre es personal: como persona, el Espíritu es huésped del alma, y también animador de la actividad de quien le hospeda. La relación entre el Espíritu y el catequista (o el nacido a la gracia) es una relación entre dos personas vivas, íntimamente presentes la una a la otra. Por ello, se convierte en una relación dialogal, en una comunicación interpersonal. Sostenido y preparado por el Espíritu, el catequista puede comprender los signos e intenciones del Espíritu que obra al mismo tiempo en él y en el mundo que le circunda.

Poco a poco el diálogo se va convirtiendo en oración continuada, oración en el Espíritu, mediante el Espíritu y oración al Espíritu. El catequista, ante la obra que tiene que realizar, se convierte en el hombre de la oración eminentemente espiritual. La contemplación y la acción, la oración y el trabajo se acompañan en la vida del catequista gracias a quien viene en ayuda de su debilidad, intercediendo insistentemente por nosotros con grandes gemidos (Rm 8,28).

Para que se produzca la acogida, se exigen momentos de silencio y humildad. Es en esa actitud donde el Espíritu penetra con su gracia hasta los puntos más oscuros del corazón del catequista, allí donde se ocultan los sentimientos de culpa, la desconfianza, los egoísmos... allí donde se esconden las heridas de nuestra pobreza de fe.

49 Hoy puede resultar llamativo afirmar que el catequista es servidor –cuasi prisionero del Espíritu–, pero esta afirmación habrá de ser enriquecida con la idea tradicional de que el Espíritu habita en nosotros como “dulcis hospes animae”.

La vida del catequista, bajo la guía del Espíritu, no se constituye sólo por momentos de oración, sino que la vida entera debe ser dócil a la acción del Espíritu. Todo el ser del catequista debe ser transformada por su gracia, pero es necesario que el catequista acepte entrar en la escuela del Espíritu. Este proceso pedagógico-espiritual se irá conformando en una constante y cada vez más profunda imitación de la vida de Jesús en sus momentos fundamentales (encarnación, Nazaret, desierto, apostolado, cruz...), porque esa misma dinámica será la que posteriormente habrá de desarrollar en los catequizandos:

- *Encarnación-inmersión en Cristo*. Por el bautismo, se inicia un proceso continuado de inmersión-encarnación en la vida de Jesús y en el misterio pascual de su muerte y resurrección (Rm 6,3-11). La fuerza del Espíritu tiene este objetivo: impulsar a entrar en comunión vital, cada día más intensa, con Jesús.
- *Nazaret*. Este nombre quiere decir la vida ordinaria y aparentemente insignificante. Durante ese tiempo, la imitación de Jesucristo, implica obedecer y crecer en sabiduría y gracia ante Dios y los hombres (Lc 2,51-52). En Nazaret, el catequista ha de aprender a amar y buscar siempre la simplicidad y humildad de la vida, no para desaparecer en el anonimato, sino para ir profundizando en una mayor intimidad con el Padre.
- *Desierto*. Símbolo de los periodos de aridez, duda y lucha interior, pero viviendo siempre con el corazón y la mente abiertos a la Palabra y fuerza del Espíritu y en íntima y constante unión con Él, en la oración. La experiencia del desierto es necesaria para vencer las tentaciones de autootorgarse o construirse una forma de vivir la fe, y para aprender a conocer la voluntad y los criterios del Padre. La verdadera fecundidad del catequista, por encima de las apariencias, depende siempre de los momentos de desierto a los que el Espíritu lleva a quienes se dejan guiar por Él.
- *Purificado para ser enviado*. Si el Espíritu lleva al catequista al desierto es para purificarlo y renovarlo, iniciándole en nuevas energías y criterios, necesarios para dar testimonio y anunciar a Jesucristo. Consagrado y lleno del Espíritu, el catequista (y todo bautizado) se convierten en anuncio y testimonio de la gracia de Dios, incluso sin necesidad de hablar. Viviendo la consagración realizada por el Espíritu, ya no puede vivir para sí, porque en la vida, trabajo o relaciones humanas, vive

siempre consciente y responsablemente su condición de transparentar la bondad y misericordia de Dios. Con la presencia del Espíritu, el catequista acepta la vida en todas sus manifestaciones para impregnarla y transformarla desde esa Energía que todo lo envuelve y transforma.

- *Cruz*. Este es el símbolo del discipulado y seguimiento vivido en el amor, realidad que se transforma en un acto de suprema donación y ofrecimiento al Padre por la salvación del mundo. El Espíritu entregado por Jesús, y regalado por el Padre a todos los miembros de la Iglesia, proporciona una vida de discipulado de amor y donación. La fuente del crecimiento, el artífice de la personalidad madura del hombre nuevo es el Espíritu, por quien recibe la gracia de la filiación en el Hijo y la configuración con el modelo amado del Padre. De ese modo, en el catequista o bautizado se va produciendo una transformación teologal: se va volviendo más humano y más divino, gracias a la participación de la vida donada por Cristo en el Espíritu. A esta comunión de vida divina sirve toda la actuación catequética.

En este universo teologal podríamos encajar el audaz pensamiento que nos propone la teología oriental sobre la divinización del hombre en el Espíritu: la “Theosis” de todos los hombres. El Verbo se ha hecho hombre, para que el hombre se convierta en hijo de Dios en el más pleno sentido. Mediante la acción del Espíritu, el catequista –y por su ministerio también los catequizandos–, crecen en la santidad en el Cristo y hacia Cristo y se convierten más plenamente en evangelio de Dios.

d. Debe tener en cuenta que su misión es un carisma que ha recibido del Espíritu Santo, que opera en la Iglesia

La transmisión del Evangelio es obra del Espíritu Santo que “revela la Verdad plena”, pero para llegar a esa epifanía se vale de personas, de medios humanos. Pero, si transmitir la palabra dando testimonio de ella, es decir catequizar, significa ante todo encarnarla en uno mismo y hacer que se encarne luego en los demás, y si esto no es posible más que en el Espíritu Santo, entonces es urgente la necesidad de dejarse “espiritualizar” cada vez más por la fuerza del *Paráclito*.

Para que el catequista se haga *crístóforo* (portador de Cristo en su palabra y en su vida), tiene que ser ante todo *pneumatóforo* (portador del

Espíritu). Solamente el Espíritu, que vive en él, puede manifestar a Cristo a través de él. Puede decirse, por consiguiente, que el catequista es tal cuando se hace testigo y portador de Cristo, porque “se ha llenado del Espíritu”.

En esta perfecta simbiosis, el catequista sabrá adoptar la “pedagogía de Dios”, dada la especificidad del ministerio catequético. Su finalidad, decíamos, es desplegar las virtualidades de la Palabra de Dios en los hombres y comunidades concretas; por ello, no se trata de “darlo” todo sino de ofrecer selectivamente, –que no es lo mismo que parcialmente– la Palabra de Dios que ha dado origen a la comunidad de discípulos. Estos núcleos generadores de vida e historia, en la comunidad y vida de los hombres, obligan al testigo a devenir un auténtico educador. La condición profética del testimonio no puede, en ningún momento, hacernos olvidar la perspectiva educativa del ministerio catequético. Pero tampoco la dimensión educativa puede desviar al ministerio catequético de su condición de testigo de la Palabra soberana de Dios.

El ministerio catequético debe mantener la autoridad de la Palabra, al mismo tiempo que propicia un proceso adecuado en las personas y grupos de creyentes. La intencionalidad de la catequesis no es otra que la de *iniciar, consolidar y desarrollar* la fe nacida de la escucha de la Palabra. Por tanto, sólo pueden realizar la didascalia de la fe, quienes hayan tenido la experiencia mística de Dios. De hecho, en virtud del Espíritu Santo, el testimonio y didascalia del catequista no serán una enseñanza teórica sino comunicación de una vida precedentemente tocada y transformada por el misterio pascual⁵⁰.

Las cosas de Dios se conocen en verdad, tan solo gracias a la experiencia que han tenido aquellos en los que los misterios actúan dignamente. Por tanto, tarea del pneumatizado será atestiguar la cristificación realizada en el hombre purificado bajo el poder del Espíritu. Tomar conciencia de esta realidad evitaría la presencia de los “parlanchines” de Dios, que no saben nada de las cosas divinas y que no instruyen en ellas a los demás ni los conducen a la luz del conocimiento.

50 “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de la vida... os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Jn 1,1-3).

III. CONCLUSIÓN

Pentecostés marca el principio del perenne milagro cristiano, mediante el que la Iglesia cada día se renueva por obra del Espíritu Santo en un Pentecostés perenne. Aquel acontecimiento representa el eterno momento del destino de la humanidad; el punto de partida en la humanidad de una vida espiritual, la cual desde entonces se ha difundido, ha obrado y continuará hasta que toda la humanidad sea transformada a imagen de Cristo⁵¹. No es necesario alargarnos, pero, permítanme proponer dos grandes conclusiones que considero oportunas:

Primera, el misterio del Verbo encarnado que llena la historia, no puede volver a descubrirse, experimentarse y proponerse a los hombres del tercer milenio más que en el Espíritu. Lo que en la plenitud de los tiempos se realizó por obra del Espíritu Santo, solamente por obra suya puede ahora surgir de la memoria de la Iglesia. El Espíritu, de hecho, actualiza en la Iglesia de todos los tiempos y lugares la única revelación traída por Cristo a los hombres, haciéndola viva y eficaz en el ánimo de cada uno (cf. TMA 44).

Segunda, la acción materno-originante del Espíritu en la Iglesia ha de dar como resultado que todos los bautizados y engendrados por el Espíritu se transformen en nuevas criaturas, con nuevas perspectivas de actuación.

- Son o serán maestros y garantía de la verdad. Entre las funciones de los consagrados con/por el Espíritu para ejercer el ministerio de la Palabra está y sobresale la de enseñar (cf. CD 12), no una verdad abstracta, sino una “doctrina de vida” (CT 63), la Verdad de la salvación de Jesucristo. Enseñar equivale a anunciar el mensaje de manera autorizada, con la autoridad que le viene de la consagración pneumatológica⁵². El “carisma cierto de la verdad” (*charisma veritatis certum*, en expresión de san Ireneo⁵³), es un don para toda la comunidad, como garantía de permanencia en la tradición viva de la Iglesia (cf. LG 12).
- Han de ser ejemplo y servicio de comunión. Los nuevos engendrados participan de la solicitud del Espíritu por toda la Iglesia y toda la huma-

51 Cf. P. CHIMINELLI, *Lo Spirito Santo cuore della Chiesa* (Roma 1943) 70.

52 Cf. Y. M. CONGAR, “La Iglesia es apostólica”, en: *Mysterium Salutis* IV/1 (Madrid 1973) 569: “La sucesión apostólica está constituida, como apostolicidad formal, por la conservación de la doctrina transmitida desde los apóstoles”.

53 *Ibid.*, 571.

- nidad (cf. CD 6) y ayudan con su ministerio a afianzar en los miembros de sus Iglesias particulares la conciencia de pertenecer a un pueblo de Dios universal, enseñando “a todos los fieles a amar a todo el Cuerpo místico de Cristo” (LG 23). A la vez, son vínculo de comunión al interior de la propia comunidad y testigos de Jesucristo en medio de la historia.
- Hablarán el lenguaje del Espíritu, con un vocabulario construido en la comunión, la paz y el perdón.